

LA LITURGIA DE LAS HORAS: REZAR LOS SALMOS, CONFESIÓN DE FE¹

Marie-Christine Vilmain, OCSO²

“Nosotros nacemos con este libro en las entrañas”. Abro esta intervención citando a André Chouraqui en sus palabras preliminares a los *salmos*³. El salterio, esa colección de ciento cincuenta salmos, “ciento cincuenta escalones erigidos entre la vida y la muerte; ciento cincuenta espejos de nuestras rebeldías y de nuestras fidelidades, de nuestras agonías y de nuestras resurrecciones. Más que un libro, un ser vivo que habla –que habla con ustedes–, que sufre, que gime y que muere, que resucita y canta, en el umbral de la eternidad y los toma a ustedes, y los lleva, por los siglos de los siglos, desde el comienzo hasta el fin...” prosigue⁴.

Estos textos escritos hace varios millares de años, alimentan cotidianamente nuestra oración de monjes y monjas, alimentan la oración de la Iglesia. Si atraviesan nuestra vidas como atraviesan el tiempo, viniendo a transfigurar nuestra oración, es porque ellos nos permiten dar testimonio de nuestra fe, cantarla, compartirla, proclamarla no con nuestras palabras personales, sino con las de un pueblo, el pueblo judío, ayer como hoy; el pueblo de los creyentes, ayer como hoy. Y esas palabras repetidas incansablemente a lo

1 Conferencia en el Coloquio sobre Liturgia y Vida espiritual (2013), patrocinado por la Comisión Francófona Cisterciense y publicada en *Liturgie et vie spirituelle* (2013), Saint Léger Editions, Editions Culturelles. Publicado en inglés en *Cistercian Studies Quarterly* 50.3 (2015). Traducción realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo (Córdoba), Argentina.

2 La Madre Marie-Christine Vilmain, ocsa, entró en el Monasterio de Sainte-Marie du Rivet en 1978. Recibió una licenciatura en Teología *online* de la Facultad de Estrasburgo. En 2003 fue nombrada superiora *ad nutum* de su monasterio, y en 2004 fue elegida abadesa.

3 André CHOURAQUI, *Le Cantique des Cantiques suivi des psaumes*, PUF, 1970, p. 83.

4 *Idem*.

largo del tiempo, se convierten en nuestras palabras, en nuestros gritos. Nosotros nos las apropiamos. Y ellas modelan nuestra fe, condición primordial para que se encarnen en nosotros y sean portadoras de un mensaje. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* nos dice: “Antes de que los hombres puedan acceder a la liturgia, es necesario que sean llamados a la fe y a la conversión”⁵. Si no, ¿cómo invocar al Señor, si no creemos en Él? Pues, al rezar los salmos, es precisamente al Señor a quien rezamos sabiendo que, antes que nosotros, Él mismo se ha hecho el lugar del encuentro con su Padre.

Los *salmos* son el lugar de un encuentro, entre Cristo y su Padre, pero también entre Cristo y nosotros, en el sentido de que son el lugar de una recepción de nuestras palabras, de nuestra oración. *Sacrosanctum Concilium* nos dice que “Cristo está presente cuando la Iglesia suplica y canta *salmos*, el mismo que prometió: *Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos (Mt 18,20)*”⁶. Rezar juntos los *salmos* en comunidad o rezarlos solos nos proporciona ese lugar del encuentro, pues el *salmo*, por sí solo, es ese lugar donde se encuentran como cara a cara las palabras del salmista inspirado por el Espíritu, las palabras que Cristo mismo pronunció y las palabras que nosotros decimos hoy para cantar, para pedir, para a veces flaquear, para decir nuestra debilidad, nuestros errores y para dar gracias por la luz que siempre permanece en nuestro corazón, incluso, a veces sin que lo sepamos.

Los *salmos* son también el lugar de la formación de Cristo en nosotros, como por otra parte podemos decirlo de toda liturgia. Nuestra vida cristiana se inscribe en un dinamismo de orden espiritual que nos conduce a una conformación cada vez mayor con Cristo para llegar a una participación en su gloria.

Se me ha pedido hablar de los *salmos* como expresión de la fe a partir de una experiencia personal. Voy a intentar compartir con ustedes cómo los *salmos*, en mi oración personal y comunitaria, son, para mí, un lugar de expresión de mi fe. La confesión de la fe en el corazón de la salmodia se expresa de diversas formas y se manifiesta por medio de un canto o una proclamación que está lejos

5 *Id.*, p. 155, nº 9.

6 Cf. SC 7, en *Concile oecuménique Vatican II, Constitutions, Décrets, Déclarations*, Ed. du Centurion, 1967, Paris, p. 154. (trad. en: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19631204_sacrosanctum-concilium_sp.html [N.d.R.]).

del enunciado dogmático. Esto es lo que voy a intentar compartir.

El juego del *chronos* y del *kairos*

En primer lugar, lo que me impacta cuando rezo o canto un *salmo*, es que me introduce, nos introduce, en un tiempo distinto al de nuestra temporalidad cronológica. El “*chronos*” es ese tiempo mensurable en el que se inscribe la historia de la humanidad desde su origen hasta el fin de los tiempos. El “*kairos*” es ese tiempo favorable que designa cada momento de gracia.

Creo que rezar el salterio, rezar con esas canciones que tienen más de tres mil años las más tardías, es entrar en ese “*kairos*”, ese tiempo favorable de salvación que nos es dado incansablemente. Ese misterio de salvación por excelencia es el de la entrada de la persona de Cristo en la historia de los hombres: “*Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy*” (*Sal 2,7*). Al cantar el *salmo*, permitimos que el “*chronos*” sea transfigurado. Entramos en un tiempo más extenso que el instante, un tiempo que engloba a toda la historia de la salvación, un tiempo conmemorativo que nos hace entrar en la alianza querida por Dios desde los orígenes. Al hacer memoria de un acontecimiento que se inscribe en el pasado, en el “*chronos*”, revivificamos –si se puede hablar así– por medio de nuestra fe, la fuerza de salvación que se actualiza inmediatamente en nuestra vida, comprometiéndonos en un proceso de conversión. No se trata de conmemorar el pasado, “sino la presencia real del misterio pascual, en el cual Cristo trasciende y une el tiempo y el espacio”⁷. Esta oración del *salmo* consiste por lo tanto en encontrarse en presencia de Dios permanente y consciente y en dirigirnos a Cristo, a quien descubrimos y conocemos vivo en la Iglesia que es su cuerpo⁸. Y todo esto se realiza hoy, en el hoy de nuestra oración. Rezar cada día los salmos, rezarlos sola o en comunidad, me inclina, nos inclina, a rezar y a pensar a la manera de los *salmos*. Lentamente, día tras día, terminamos por ser impregnados por la mentalidad, la pasión que habita los *salmos*. Hay como una ósmosis. Las causas de los *salmos* se convierten en las nuestras, nosotros somos interpelados por su adhesión a Dios y ellos nos llevan consigo en la expresión de su propia fe.

7 BENEDICTO XVI, audiencia general del 3 de octubre del 2012.

8 Cf. *ibid.*

Vivir el “*chronos*” como un “*kairos*” es considerarlo como un tiempo de ingreso permanente en el misterio pascual, un tiempo de realización y de espera del retorno del Señor cuando todo será unificado en él. El “*kairos*” hace entonces estallar al espacio, comprometiéndonos en una integración en el nosotros universal y en una aceptación de la lógica de la Encarnación por la cual Dios se ha hecho cercano y se hace cercano entrando en la historia y en la naturaleza humana⁹.

Ese juego del *chronos* y del *kairos* se resume para mí, en una palabra: “*Hodie*”, hoy. Esa palabra “muy sorprendente, imponente, que me pone en la actualidad, paradójicamente, me obliga a considerar lo que está más allá de ella, todos los demás días por venir, y finalmente a abarcar la totalidad de la vida de la Iglesia. *Hodie* no indica por lo tanto únicamente un simple presente, sino un presente que supera el paso del tiempo y prosigue tanto cuanto tiempo hay”¹⁰. Esa simple palabra que “nos atrae hacia el tiempo sagrado”, un tiempo “entrado ya en la esfera de la eternidad”¹¹.

Hay que destacar que solamente dos veces la palabra “hoy”, *hodie* es utilizada en el salterio. “¿Acaso los *salmos* no son el hoy de cada una de las experiencias humanas que entregan en cada uno de los poemas la evolución de un estado de alma bien específico?”¹² La encontramos en el *salmo 2*, *salmo* de consagración real, en el versículo 7, ya citado: *Voy a proclamar el decreto del Señor: Él me ha dicho: “Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy”* y en el *salmo 94*, en el versículo 7: *Ojalá escuchen hoy su voz. ¿Qué puede significar el salmo 2 para el creyente cuando ya no hay reyes? La figura del hijo evoca un personaje nuevo, el rey esperado en un porvenir más o menos cercano. Entonces, se impone una convicción: Dios enviará un rey mesías para establecer su reino en la tierra. Ese versículo es portador de una esperanza, la de la espera del Mesías, Hijo de Dios.*

Para mí, en mi oración de los *salmos*, el engendramiento del Hijo en la

9 *Ibid.*

10 Cito aquí a Philippe LENOBLE (Maestro de capilla en la catedral de Mans) que emprendió una reflexión sobre “*Hodie*... el hoy del tiempo”.

11 Madre Immaculata ASTRE, citando al Cardenal RATZINGER en su obra “*El espíritu de la liturgia*”.

12 *Ibid.*

historia de los hombres y su engendramiento en la redención, es decir su muerte y su resurrección, deben conducir a un movimiento de fe que debe volverse coherente. Si reconozco por la fe esta entrada del Hijo para nuestra salvación, yo misma debo entrar en un movimiento continuo de conversión, de escucha de su palabra para ajustar mi vida al Dios de la vida. Yo misma debo acoger la salvación hoy en mi vida, debo entrarme en el engendramiento del Hijo. En efecto, Dios entra en nuestra realidad concreta para que nosotros lo encontremos¹³. Esa es para mí la entrada en el misterio pascual, con esa experiencia de la pascua en lo cotidiano que surge después de momentos de travesía del desierto, de momentos de sufrimiento. Es el pasar del *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* del Salmo 21, versículo 2, al *Te ensalzaré, Señor, porque me has librado* del Salmo 29, versículo 2. Y es hoy cuando esto ocurre. Es el pasar de *Mi compañía son las tinieblas* del pesaroso Salmo 87, versículo 19, a *El Señor es mi luz y mi salvación* del luminoso y lleno de confianza Salmo 26, versículo 1.

Los salmos 1 y 2: pórtico de nuestra fe.

Cada semana, el lunes, en Vigilias para nuestro esquema de los *salmos*, cuando vuelven los *salmos* 1 y 2, para mí se me imponen la elección o el rechazo de la salvación.

Desde el primer *salmo*, me parece que ya está dado el tono. Estamos de inmediato frente a dos caminos, delante de los cuales será preciso escoger. No hay más que esos caminos. Dos caminos que coexisten: el camino de las tinieblas y el camino de la luz, que entablan un combate y será preciso poder decir no a uno de esos caminos y sí al otro, para mostrar qué mundo elegimos. Para nosotros creyentes, esa es ya una manera de expresar nuestra fe rechazando el mundo de las tinieblas y por lo tanto al Príncipe de las tinieblas y adhiriendo al mundo de la luz, de la vida con Cristo que es el camino, la verdad y la vida. En el salterio, según Chouraqui, no menos de ciento doce nombres, sobrenombres, títulos y cualidades aparecen para calificar al Príncipe de las tinieblas y alrededor de una centena para calificar a quien llama el héroe de la luz. *Dichoso el hombre* –comienza el salmo 1–, *Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos, sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche* (Sal 1,1-2).

Comparado a un árbol que da fruto en todo tiempo y cuyo follaje permanece siempre verde, el camino de este hombre es conocido por el Señor, mientras que el camino de los impíos va hacia la perdición. Este *salmo* nos invita a una elección ¿Quién quiere la vida o quién quiere la muerte?

El *Salmo 2* es indisoluble del primero, con la inclusión del vocablo “*Dichoso*”¹⁴. *Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos... Dichosos los que se refugian en él* [en Dios] (*Sal 1,1 y 2,12*). El *salmo 2* nos muestra la rebelión de las naciones contra Dios y contra su Mesías, pero sobre todo la victoria final del Elegido de Dios, aquel que es el hijo y que es engendrado en el hoy eterno, aquel que es el rey sagrado en la montaña santa.

Sabemos hacia dónde podemos ir, al menos se nos ofrece saberlo; pues estos dos *salmos 1 y 2* abren el salterio como un programa que da la tonalidad del conjunto del salterio. Los otros *salmos* nos presentarán ese combate que hay que librar para permanecer del lado del inocente; lo que está puesto en juego en ese combate es nada menos que “la realización y la liberación del hombre”¹⁵. El salterio está habitado por una esperanza en la venida y en la intervención de Dios, cubre el misterio de la Encarnación hasta la victoria pascual. Rezar los dos primeros *salmos* nos conduce a proclamar nuestra fe en un Mesías que, al resucitar, nos otorga la victoria sobre el mal y sobre todos nuestros enemigos.

El *salmo* como iniciativa de Dios

Leemos en la *Carta a los Hebreos*: como dice el Espíritu Santo: *Si oyen hoy su voz, no endurezcan sus corazones (Hb 3,7)*. “Ninguna oración cristiana puede... existir sin la acción del Espíritu Santo quien, asegurando la unidad de toda la Iglesia, conduce al Padre por el Hijo”¹⁶. Rezar los *salmos*, “estos cantos magníficos compuestos bajo la inspiración del Espíritu Santo por los autores sagrados del *Antiguo Testamento*”¹⁷, es recibir la palabra del Espíritu. No se trata de una obra del hombre, la iniciativa proviene del Señor que nos invita

14 *Sal 1,1: Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, y Sal 2,12 ¡Dichosos los que se refugian en él!*

15 André CHOURAQUI, *Le Cantique des Cantiques suivi des psaumes*, PUF, 1970, p. 86.

16 Presentación general de la Liturgia de las Horas, nº 8.

17 *Ibid.*, nº 100.

a vivir una experiencia intensa que es educación de la fe. Esta experiencia es la de un Dios vivo y verdadero que da al cristiano la alegría y la esperanza. La fe es iniciativa de Dios que quiere unirse con el hombre, su creatura, y que inaugura sin cesar con ella una alianza en la confianza. Así, en la oración de los *salmos*, el elemento esencial de la fe es esta recepción del don de Dios. La Iglesia nos ayuda a recibir esta recepción del don de Dios cuando ella desarrolla –y cito *Sacrosanctum Concilium*–: “en el círculo del año todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor” (nº 102). El salterio acompaña todo ese desarrollo de los misterios de la Redención. Trae consigo la historia de la salvación. Acordémonos de la palabra del Señor en *Lc 24,44*: *Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí*. La comprensión mesiánica y profética de los salmos es este elemento fuerte que hace que hoy, cantándolos, proclamemos nuestra fe. Cristo ha cumplido los *salmos*, ha hecho mucho más que rezarlos. “Por su vida, sus sufrimientos, su muerte y su confianza inalterable en Dios, Él da a los salmos que hablan de esos temas una realización nueva, cada vez más rica que lo que dejaba entender su sentido literal”¹⁸.

Y esta recepción del don de Dios en la celebración del misterio de Cristo durante el ciclo del año litúrgico, es acentuada por el color de la antífona que viene a actualizar al salmo. La antífona nos pone en el ambiente espiritual del tiempo, reviste al salmo. Para no hablar más que de los salmos que ya cité, la Comisión francófona cisterciense (C.f.c.), propone como ejemplos una elección de antífonas para la liturgia del tiempo pascual. El *Salmo 1* puede acompañarse de “¡Jesucristo, el Santo, el Justo, Dios lo ha bendecido, Dios lo ha resucitado, *alleluia!*” y el *Salmo 2*, de: “¡Cristo ha resucitado! Le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra”. Cada antífona retoma el tema principal del salmo orientando hacia una lectura marcada por la resurrección. Cristo es ese justo del que habla el *Salmo 1*; Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra, domina así las naciones que querían rebelarse. El *Salmo 26* podrá ser cantado con esta antífona: “Alabad a nuestro Padre, Él nos llama desde las tinieblas a su admirable luz”; es todo el sentido del tiempo pascual. El gregoriano, por su parte, propone con toda simplicidad, pero con fuerza y vigor el canto multiplicado del *alleluia* como antífona para el *salmo*. Esa es la experiencia que vivo en comunidad, y es dinamizante, condensando en una sola palabra cuatro, cinco o seis veces repetida,

la alabanza dirigida a Dios por la resurrección de su Hijo. No hablo aquí más que del tiempo pascual, pero cada tiempo es coloreado así por medio de la elección de la antifona, preparada para manifestar el tiempo celebrado.

Algunos flashes sobre la oración del *salmo* como confesión de fe

Para abordar esta parte, voy a tomar versículos del *salmo* o el *salmo* en su totalidad. Estos van a ser pequeños flashes de una experiencia personal.

Voy a recordar ante todo el versículo 2 del *Salmo 69*: *Dios mío, dignate librarme. Señor, date prisa en socorrerme*. Con este clamor de introducción de los oficios, podemos acordarnos de Casiano que, en su *Conferencia X*, presenta este versículo como una escuela de contemplación. Para mantenerse siempre con el pensamiento en Dios, es preciso proponerse esta fórmula de piedad que puede declinarse así: *Dios mío, ven en mi auxilio; apresúrate, Señor, a socorrerme*. Real llamado a Dios contra todos los peligros, al mismo tiempo que profunda confesión de nuestra pobreza y de nuestra debilidad, proclamamos en ese versículo la confianza en que seremos atendidos y la seguridad del socorro, presente siempre y en todas partes. El Señor está aquí, y podemos invocarlo en todo momento, podemos agoberarlo por medio de esta invocación como la viuda inoportuna del Evangelio. Solo Él es nuestro socorro, nuestra salvación. En la misma línea, quiero hablar también del versículo 17 del *Salmo 50*: *Señor, abre mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza*, que cantamos cada mañana para abrir el primer oficio de la jornada. Sin el Señor, nada podemos hacer. Solo Él puede darnos el sentido de la alabanza. ¿Por qué alabarlo sino por el poder de sus maravillas realizadas por su Hijo muerto y resucitado? Esas primeras palabras que abren nuestra jornada testimonian que estamos vivos, aquí delante de Él y que por su gracia, nosotros podemos dejar subir nuestra alabanza. En determinados días, cuando el peso del sueño o de la fatiga o del calor... quisiera triunfar sobre la oración, no es ilusorio –hablo por mí– clamar y llamarlo en nuestra ayuda. Esa es toda una dimensión de esperanza que coloco en las palabras que digo, yo sola no podría lograrlo.

Pero, ¿hacia qué Dios va mi llamado? ¿Quién es el que yo invoco y al que suplico desde la mañana, y también en la noche? Él es el único, como lo dirá el Credo; Él es nuestro Dios, como dirá el *Salmo 94* en el versículo 7. Él es el Padre, y esa es la palabra central del *Salmo 102* en el versículo 13. Él es el

creador del cielo y de la tierra “que extiende los cielos...asienta la tierra sobre sus cimientos y la cubre con el manto del océano”, para no citar más que el *Salmo* 103, que canta la profusión de Dios en sus obras. Él es el solo Señor, Hijo único cantado por el *Salmo* 2 en el versículo 7 ya citado: «*Voy a proclamar el decreto del Señor: Él me ha dicho: “Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy”*». Es aquel que dirá: “*Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca salvadora*” (*Sal* 88,27) y que recibirá como respuesta: “*Y yo lo nombraré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra*” (*Sal* 88,28). Es aquel que germinará de la tierra, fruto de María y don del cielo (cf. *Sal* 84,12). Es aquel del que habla el *Salmo* 21, salmo profético de la pasión de Jesucristo con la expresión que es para mí una profunda expresión de fe, con el versículo: “*Me aprietas contra el polvo de la muerte*” (*Sal* 21,16). A través de lo que puede aparecer como un reproche, una acusación, yo leo personalmente un acto de fe. Me parece que el sentido está abierto. Es preciso atravesar ese polvo, ese cuerpo que está por deshacerse como el agua que se derrama, como la cera que se derrite, como el barro que se seca (cf. *Sal* 21,15-16), para que la respuesta a la pregunta: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (*Sal* 21,2) surgiera y esta respuesta es la resurrección que celebra el *Salmo* 117 en ese día que hizo el Señor (v. 24). Ese Dios que llamo, es aquel que se eleva entre las ovaciones (cf. *Sal* 46,6); es ese rey de gloria delante de quien se abren las puertas eternas (cf. *Sal* 23,10). Es aquel que está sentado a la derecha de su Padre sirviéndose de sus enemigos como de un estrado (cf. *Sal* 109,1). Yo les diré que con esta proclamación, se cierra el círculo. Es la confirmación del anuncio del *Salmo* 2. Ese Dios llamado, es también aquel que hace una obra de creación para nosotros hoy, creando para nosotros un corazón puro y renovando y reafirmando su obra en lo profundo de nuestro espíritu (cf. *Sal* 50,12). Tal es la vocación del Espíritu Santo para nosotros en ese *Kairos*. Yo hago aquí el vínculo con la oración del jueves de la séptima semana del Tiempo Pascual: “Que tu Espíritu Santo, Dios creador, nos transforme por sus dones; que Él cambie nuestro corazón en un corazón que tú ames, perfectamente de acuerdo con tu voluntad”.

Quisiera hablar también del versículo cantado durante la profesión monástica y llamado *Suscipe*: “Recíbeme Señor, según tu palabra y viviré; no permitas que sea defraudada mi esperanza”, que se inspira en el *Sal* 118, versículo 116: “*sostenme con tu promesa, y viviré, que no quede frustrada mi esperanza*”. Nosotras cantamos ese versículo cada semana, de esa manera renovamos nuestro compromiso; lleno de esperanza, se enraíza en la certeza de que el Señor no puede defraudar. Es Él quien da la vida, Él desea participárnosla en plenitud.

Nosotras cantamos también ese versículo en el momento de los funerales de una hermana, al menos en el rito cisterciense. Cuando el cuerpo acaba de ser depositado en la tierra, como un germen, una semilla, cantamos el versículo del *Suscipe*, recuerdo de la profesión monástica, recuerdo de la fidelidad de cada una que es llevada hasta el término del camino y en consecuencia, recuerdo de la eterna fidelidad de Dios; pues sin Él nada podemos hacer.

Y es en cada instante de nuestra vida cuando podemos hacer nuestra esta oración. Ya que hablamos del *Salmo* 118, aprovecho para compartir una hermosa experiencia. Un predicador de retiro nos decía un día en comunidad –lo cito de memoria–: “Si ustedes tienen una media hora libre por delante, tomen simplemente el *Salmo* 118 y recítenlo, tranquila y enteramente dejando resonar las palabras como ley, exigencias, caminos, preceptos, voluntades, decisiones, mandamientos, palabra, promesas, órdenes, senderos, decretos... Imprégnense de ellas y elijan el camino que propone el salmista”. Para mí, cuando llego a hacerlo, es un ingreso determinado en la búsqueda de la voluntad del Señor sobre mí. Finalmente, es la expresión de mi fe en el poder de su palabra, de su ley, de sus voluntades con el deseo de volver a entrar en la obediencia a su Palabra y para decir siempre con el salmista: “*Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas*” (*Sal* 39,9). Ojalá que esto sea verdad.

Conclusión

En el centro de nuestra fe está el misterio pascual. Ya hablé de ello, lugar donde Cristo trasciende y une el tiempo y el espacio. El día de Pascua, en el momento de la eucaristía, la primera lectura nos hace escuchar la proclamación de fe de los apóstoles. Testigos de la vida pública de Jesús, testigos de su resurrección, ellos atestiguan entonces el misterio pascual. Y si nosotros creemos hoy, esto es por la fuerza de la experiencia y de la fe de los apóstoles. En respuesta a esta lectura de los *Hechos* en el capítulo 10, versículos 34. 37-43, tenemos el *Salmo* 117 con el estribillo de la liturgia pascual: “*Este es el día que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en él*”, que se inspira en el versículo 24 de ese salmo: “*Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo*”. Como sabemos, el *salmo* evoca la piedra rechazada por los constructores que ha llegado a ser la piedra angular (*Sal* 117,22), que designa de esa manera a Cristo muerto y resucitado. Si cito esto es para mostrar que es también ese “juego” –entre comillas– de la liturgia con ese va-y-viene de la Palabra que nos

ayuda a proclamar nuestra fe a nuestro turno. Entrar en ese eco del salmo por medio de la Palabra, es hacer “nuestro el lenguaje de la Iglesia, aprender a hablar en su seno y a hablar en su nombre”¹⁹.

Abbaye Sainte Marie du Rivet
33124 AUROS
FRANCIA